eninges and a someli se CAPITULO V. lo ono la v. : noisonres

En que Guzman de Alfarache cuenta lo que aconteció en su tiempo con un mendigo que falleció en Florencia.

Cosa muy ordinaria es á todo pobre ser tracista, desvelándose noches y dias, buscando medio para su remedio, y salir de laceria. En todas partes acontece, y aunque dicen que en materia de crueldad Italia lleva la gala, y en ella mas los de la comarca de Génova, no creo que va en la tierra, sino en la necesidad y codicias: diciéndose de estos, que la tienen todo; sus mismos naturales ciudadanos vinieron á llamarlos Moros blancos. Ellos, para vengarse y echarles las cabras, dicen, que quien descubre la alcabala ese la paga: que no se dijo por ellos, ni se ha de entender sino por los tratantes de Génova, que traen las conciencias en faltriqueras descosidas, de donde se les pierde y ninguno la tiene. Uno dijo que no, que de mas atrás corria, y era que cuando los Genoveses ponen sus hijos á la escuela, llevan consigo las conciencias, juegan con ellas, hacen travesuras, unos las olvidan, otros perdidas allí se las dejan. Cuando barren la escuela y las hallan, danlas al maestro, el cual con mucho cuidado las guarda en un arca, porque otra vez no se les pierdan : quien despues la ha menester, si se acuerda donde la puso, acude á buscarla. Como el maestro guardó tantas, y las puso juntas, no sabe cuál es de cada uno, dale la primera que halla, y vase con ella creyendo llevar la suya y lleva la del amigo. la del conocido ó deudo. De ello resulta, que no trayendo ninguno la propia, miran y guardan las ajenas, y de aquí quedó el mal nombre. ; Ah, ah España! amada patria, custodia verdadera de la fe, ¡ téngate Dios de su mano, y cómo hay en tí mucho de esto! tambien tienes maestros que truecan las conciencias, y hombres que las traen trocadas. ¡ Cuántos olvidados de sí se desvelan en lo que no les toca : la conciencia del otro reprenden, solicitan y censuran! Hermano, vuelve sobre tí, deshaz el trueco, no espulgues la mota en el ojo ajeno, quita la viga del tuyo, mira que vas engañado; eso que piensas que descarga tu conciencia es burla, y tú te burlas de tí; no disimules tu logro, diciendo: Fulano es mayor logrero; no hurtes, y te consueles ó disculpes con que el otro es mayor ladron; deja la conciencia ajena, mira la tuya; esto te importa á tí, aparte cada uno de sí lo que no es suyo, y los ojos del pecado ajeno, pues ni la idolatría de Salomon, ni el sacrilegio de Judas disculpan el tuyo; á cada uno darán su castigo

merecido. Como te inclinas á lo dañoso y malo, ¿porqué no imitas al bueno y virtuoso, que ayuna, confiesa, comulga, hace penitencia, actos de santidad y buena vida? ¿Es por ventura mas hombre que tú? ¿ Dejas, como el enfermo, lo que te ha de sanar, y comes lo que te ha de dañar? Pues yo te prometo que importará para tu salvacion acordarte de tí, y olvidarte de mí. Donde hay muchas escuelas de niños y maestros, que guardan conciencias (aunque. como digo, ninguna ciudad, villa, ni lugar se escapa en todo el mundo) es en Sevilla, de los que se embarcan para pasar la mar; que los mas de ellos, como si fuera de tanto peso y volúmen que se hubiera de hundir el navío con ellas, así las dejan en sus casas ó á sus huéspedes-que las guarden hasta la vuelta; y si despues las cobran (que para mí es cosa dificultosa, por ser tierra larga, donde no se tiene tanta cuenta con las cosas), bien; y si no, tampoco se les da por ellas mucho, y si allá se quedan, menos. Por esto en aquella ciudad anda la conciencia sobrada de los que se la dejaron y no volvieron por ella. No quiero pasearme por las gradas ó lonja, ni entrar en la plaza de San Francisco, ni anegarme en el rio, déjese á una banda todo género de trato y contrato, que seria si comenzase, no salir de ello; apuntado se quede, y como si lo dijera, z piensen que lo digo, que quizá lo diré algun dia.

Hubo un hombre, natural de un lugar cerca de Génova, gran persona de invenciones, y de sutil ingenio: llamábase Pantalon Castelleto, pobre mendigo, que, como fuese casado en Florencia y le naciese un hijo, desde que la madre lo parió anduvo el padre maquinando cómo dejarle de comer sin obligarle á servir ni á tomar oficio. Allá dicen vulgarmente: Dichoso el hijo que tiene á sus padre en el infierno; aunque yo le llamo desdichado, pues no esposible lograr lo que le dejó, ni llegar á tercero poseedor.

Este me parece que por dejar el suyo bien parado y reparado se puso á peligro; y aunque por ser casado (que es particular granjería, y largo de contar, casar pobres con pobres, y ser todos de un oficio) tenian razonablemente lo que les era menester para pasar su vida y que poder dejar á su heredero para un moderado trato; no se quiso fiar de la fortuna, púsosele en la imaginacion la crueldad mas atroz que se puede pensar. Estropeóle, como lo hacen muchos de todas las naciones, en aquellas partes, que de tiernos los tuercen y quiebran como si fueran de cera, volviéndolos á entallar de nuevo, segun su antojo, formando varias monstruosidades de ellos para dar mas lástima. En cuanto son pequeños, ganan de comer para su vejez, y despues con aquella lesion les dejan buen patrimonio. Mas este quiso aventajarse con géneros nuevos de tormentos, martirizando al pobre y tierno infante: no se los dió todos de una vez, que como crecia se los daha como camisas ó baños, uno seco y otro puesto, hasta venirle á dejar entallado, segun te lo pinto.

BIBLIOTECA UNIS TRABA

MAG. 1625 MONTERREY, MEXICO

Cuanto á lo primero, no le tocó, ni pudo en lo que recibió de sola naturaleza. Tenia, con toda su desdicha, buen entendimiento. era decidor y gracioso. En lo que le dió, que fué la carne, comenzando por la cabeza, se la torció, y traíala casi atrás, caido el rostro sobre el hombro derecho. Lo alto y bajo de los párpados de los ojos eran una carne. La frente y cejas quemadas, con mil arrugas. Era corcovado, hecho su cuerpo un ovillo, sin hechura ni talle de cosa humana. Las piernas vueltas por cima de los hombros, desencasadas y secas : tenia sanos los brazos y la lengua. Andaba como en jaula, metido en un arquetoncillo, encima de un borrico, y con sus manos le regia; salvo, que para subir ó bajar buscaba quien lo hiciese, y no faltaba. Era (como digo) gracioso, decia muchas y muy buenas cosas. Con esto andaba tan roto, tan despedazado, tan miserable, que toda Florencia se dolia de él, y así por su pobreza, como por sus gracias, le daban mucha limosna. De esta manera vivió setenta y dos años, poco mas, al cabo de los cuales le dió una grave dolencia, de que claramente conoció que se moria. Viéndose en este punto, y en el de salvarse ó condenarse, como era discreto, revolvió sobre sí pareciéndole no ser tiempo de burlas, ni de confesiones para cumplir con la parroquia; era la postrera, y quiso que fuese la valedera. Pidió un confesor conocido suyo, de muchas letras y gran opinion en vida, costumbres y doctrina. Con él trató sus pecados, comunicando sus cosas, de manera, que ordenó hacer su testamento con las mas breves y compendiosas palabras que se puede imaginar, porque hecha la cabeza, por ser oficio del notario, él, en lo que le tocaba, dijo así:

« Mando á Dios mi alma, que crió, y mi cuerpo á la tierra, el

cual entierren en mi parroquia.

« Item mando que mi asno se venda, y con el precio de él se cumpla mi entierro, y la albarda se le dé al gran duque, mi senor, á quien le pertenece, y es por derecho suya, al cual nombro

por mi albacea, y de ella le hago universal heredero. »

Con esto cerró su testamento, debajo de cuya disposicion falleció. Como todos le tenian por decidor, creyeron que se habian emparejado muerte y vida, todo gracias, como suele acontecer á los necios; mas cuando el gran duque supo lo testado (que luego se lo dijeron), como conoció al testador, y le tenia por discreto, coligió no vacar la cláusula de misterio; mandó que llevaran á palacio su herencia; y teniéndola presente, la fueron descosiendo pieza por pieza, y sacaron de ella diferentes monedas y apartados en que estaban, todas en oro, cantidad que montaba de los nuestros castellanos tres mil y seiscientos escudos de á cuatrocientos maravedís cada uno. Al pobre le aconsejaron, y le pareció que aquello no era suyo, ni se podia restituir de otra manera, que dejándolo al señor natural, á cuyo cargo estaban todos los pobres, con que descargaba su conciencia. El gran duque, como

príncipe tan poderoso, y señor generoso, mandó que de todo ello se le hiciesen algunas memorias perpetuas que le ordenó por su alma, como buen cabezalero, y mejor caballero.

¿Qué dirás agora del tacto de este pobre? No es el tuyo tal, ni con gran parte, aunque goces de otra Venus. De estas dos ventajas éramos dueños, que ninguno era tan franco en ellas, sin otras

muchas que pudiera referir.

Cuando me pongo á considerar los tiempos que gocé, y por mí pasaron, no porque se me antoje, ni tenga olvidados los trabajos, para que los que agora padezco en esta galera me parezcan mayores, ó no tales; mas no hay duda que sus memorias estimo en mucho. Aquel tener siempre la mesa puesta, la cama hecha, la posada sin embarazo, el zurron abastecido, la hacienda presente, el caudal en pié, sin miedo de ladrones, ni temor de lluvias, sin cuidado de abril ni recelo de mayo, que son la polilla de los labradores, no desvelado en trajes ni costumbres, sin prevencion de lisonjas, sin composicion de mentiras para valer y medrar; ¿qué sustentaré para que me estimen? ¿Cómo visitaré para que no me olviden? ¿Cómo acompañaré para dejar obligados? ¿Qué achaque buscaré para hablarles porque me vean? ¿Cómo madrugaré para que me tengan por solícito, y mas cuanto es el tiempo mas riguroso? ¿Cómo trataré de linajes para encajar la limpieza del mio? ¿Cómo descubriré al otro su falta, para que quien oyere que la murmuro piense que yo no la tengo? ¿Cómo tendré conversacion para hacer ostentacion? ¿ Por dónde rodearé para encajar mi dicho? ¿A qué corrillos iré que yo sea el gallo, y en saliendo de ellos no me murmuren como hice de los otros? ; O, esto de los corrillos y murmuraciones, y cómo es larga historia! Quién tuviera lugar de significar lo mal que parece un hidalgo ser sastre de tan mala ropa, que no hay religioso á quien no corten sotana con falda, ni mujer honrada queda sin saya entera: visten al santo y al pecador al talle largo. Quédese aquí, porque si vivimos, allá llegaremos. ¿A cuán derecha regla, recorrido nivel y medido compás ha de ajustarse aquel desventurado pretendiente que por el mundo ha de navegar esperando fortuna de mano ajena? Si ha de ser buena, qué tarde llega: si mala, qué presto ejecuta : por mas que se ajuste ha de pecar de falso y falto : si no es bien quisto todo se le nota : si habla, aunque bien, le llaman hablador; si poco, que es corto; si de cosas altas y delicadas, temerario, que se mete en honduras que no entiende; si de no tales, abatido; si se humilla, es infame; si se levanta, soberbio; si acomete, desbaratado y loco; si se reporta, cobarde; si mira, embelesado; si se compone, hipócrita; si se rie, inconstante; si se mesura, saturnino; si afable, tenido en poco; si grave, aborrecido; si justo, cruel; si misericordioso, buey manso. De toda esta desventura tienen los pobres carta de guia, siendo señores de si mis-

mos, francos de pecho ni derrama, lejos de emuladores: gozan su vida sin almotacen que se la denuncie, sastre que se la corte, ni perro que se la muerda. Tal era la mia, si el tiempo y la fortuna (consumidores de las cosas, que no consienten permanecer en un estado alguna) no me derribaran del mio, declarando por el color de mi rostro y libres miembros estar de salud rico, no llagado ni pobre, segun lo publicaban mis lamentaciones; porque como una vez me sentase á pedir limosna en la ciudad de Gaeta en la puerta de una iglesia, donde por curiosidad quise ir á ver si su caridad y limosna igualaba con la de Roma, descubrí mi cabeza, como recien llegado, y no prevenido de lo necesario: para luego y presto valíme de tiña, que sabia contrahacer por excelencia. Entrando el gobernador, pasó por mí los ojos, dióme limosna, fuéme razonablemente algunos dias; y como la codicia rompe el saco, parecióme un dia de fiesta sacar nueva invencion; hice mis preparamentos, aderecé una pierna, que valia una viña. Fuíme á la iglesia con ella, comencé á entonar la voz, alzando de punto la plaga, como el que bien lo sabia; quisolo mi desgracia, ó mi poco saber, que siempre de la ignorancia y necedad proceden los acaecimientos. No tenia yo para qué andar hecho truecaborricas en pueblo corto; pasara con mi tiña, que me daba de comer y estaba recibida, sin andarme buscando mas retahilas, ni ensayando invenciones. Vino el gobernador aquel dia en aquella iglesia para oir misa, y como me reconoció, hízome levantar, diciéndome : Vente conmigo, daréte una camisa que te pongas: creile, fuíme con él á su posada: si supiera lo que me queria, no sé si me alcanzara con una culebrina, ni me asiera en sus manos, por buena maña que se diera. Cuando allá estuve. miróme al rostro, y dijo: Con esos colores y frescura de cuerpo (que estás gordo, recio y tieso), ¿cómo tienes así esa pierna? no acuden bien lo uno á lo otro. Respondíle turbado: No sé, señor; Dios ha sido servido de ello : luego conocí mi mal, y atisbaba la salida para si pudiera tomar la puerta : no pude, que estaba cerrada; mandó llamar un cirujano que me examinase; vino, y miróme despacio: á los principios turbéle, que no sabia qué fuese, mas luego se desengañó, y le dijo: Señor, este mozo no tiene mas en su pierna que yo en los ojos; y para que se vea claramente, lo mostraré. Comenzó á desenfardelarme, y desenvolviendo adobos y trapos, me dejó la pierna tan sana, como era verdad que lo estaba: quedó el gobernador admirado en verme de aquella manera, y mas de mi habilidad : yo pasmé, sin saber qué decir ni hacer, y si la edad no me valiera, otro que Dios no me librara de un ejemplar castigo, mas el ser muchacho me reservó de mayor pena, y en lugar de camisa que me prometió, mandó que el verdugo, en su presencia, me diese un jubon para debajo de la rota que yo llevaba, y que saliese de la ciudad luego

al momento; mas aunque no me lo mandaran, en cuidado lo tenia, que allí no quedara si señor de ella me hicieran. Fuíme temeroso, temblando y encogido, volviendo de cuando en cuando atrás la cabeza, sospechoso si, pareciéndoles no llevar bastante recado, quisieran darme otra vuelta: con esto me fuí á la tierra del papa, acordándome de mi Roma, y eclándole á millares las bendiciones, que nunca reparaban en menu lencias, ni se ponian á espulgar colores; cada uno busque su vida, como mejor pudiere. Al fin tierra larga, donde hay que mariscar, y por donde navegar, y no por estrechos, siempre por la canal, donde á pocos bordos, con poca tormenta, darás en bajíos, quedando roto y desbarato.

CAPÍTULO VI.

Como, vuelto á Roma Guzman de Alfarache, un cardenal, compadecido de él, mandó que fuese curado en su casa y cama.

Bien es verdad natural en los de poca edad tener corta vista en las cosas delicadas, que requieren gravedad y peso, no por defecto del entendimiento, sino por falta de prudencia, la cual pide experiencia, y la experiencia tiempo: como la fruta verde mal sazonada no tiene sabor perfecto, antes acedo y desabrido, así no le ha llegado al mozo su maduro, fáltale el sabor, la especulacion de las cosas, y conocimiento verdadero de ellas; y no es maravilla que yerre, antes lo seria si acertase. Con todo esto, el buen natural de ordinario siempre tiene mas capacidad para las consideraciones. Conocí del mio, que muchas veces me levantó el espíritu mas de lo que pedian mis años, poniéndome (como el águila sus pollos) los ojos clavados en el sol de la verdad, considerando que todas mis trazas y modos de engañar era engañarme á mí mismo, robando al verdaderamente necesitado y pobre lisiado impedido del trabajo, á quien aquella limosna pertenecia, y que el pobre nunca engaña, ni puede, aunque su fin es ese; porque quien da no mira al que lo da, y el que pide es el reclamo que llama las aves, y él se está en su percha seguro. El mendigo, con el reclamo de sus lamentaciones recibe la limosna, que convierte en útil tuyo, metiendo á Dios en su voz, con que lo hace deudor, obligándole á la paga. Por una parte me alegraba cuando me lo daban, por otra temblaba entre mí cuando me tomaba la cuenta de mi vida, porque sabiendo cierto ser aquel camino de mi condenacion, estaba obligado á la restitucion, como hizo el Flo-